

Divagación arbitraria sobre la nueva poesía

PARA cada tiempo y para cada objeto suele ser necesario fijar categorías de lectores. Hay, pues, tantas definiciones de estas categorías como oportunidades las requirieren. Clasificados los lectores, una operación análoga ha debido recaer sobre los libros. José Vasconcelos, cuya densa figura espiritual destaca hoy sobre su reciente fracaso político, los ha dividido en libros que lee sentado y libros que lee de pie. Pero estas definiciones poseen, por lo común, cierto valor circunstancial; son subjetivas, y habría peligro en generalizarlas. Sin embargo, cabe reincidir en alguna de ellas.

¿No ha sido ya indicada la división entre lectores amorosos y lectores indiferentes? Pues, allí están. Los primeros conducen, como en danza espontánea, de página en página, su fiesta nupcial con el libro. Los últimos no pueden ocultar que lo que a él los une es sólo una causa ulterior, acaso un mero compromiso. No hay para qué decir por qué lee el lector amoroso. Lo que solicita explicación es el por qué lee el indiferente. Para aclararlo, conviene fijar la atención en el ánimo con que cada cual llega a la lectura.

Será bueno advertir que siempre que nos referimos al libro, hablamos de él como contenido.

El interés de cierto tipo de lectores gravita en forma inmediata y directa sobre el libro. Lector y libro son entonces dos mundos totales, en algún modo inmanentes, que se atraen entre sí. Sin que ello signifique—¡muy al contrario!—el agotamiento de las más ricas consecuencias, el libro queda convertido para este lector en un fin.

Existe, en cambio, otro tipo de lectores cuyo interés no gravita sobre el libro directamente. Es decir, no gravita. Si desarrollamos la línea de su pesantez, resulta que describe una parábola. En este caso, el libro no es un fin, es un medio.

Tenemos así una manera gentil de aproximarse a los libros y otra utilitaria. Esto, aparte de que los libros pueden también dividirse en utilitarios y gentiles. Sin riesgo, podemos pensar que la primera de estas formas de leer pertenece a la cultura, la segunda a la civilización.

Según ocurre siempre con las cosas del espíritu, se da aquí

la paradoja de que la actitud desinteresada rinda mayores riquezas que la utilitaria. La ley esencial de Eros logra en este reino su máxima vigencia. Un lector resbala sobre las páginas realizando una premeditada cacería de objetos. No es un amigo sino un adversario del libro. Se diría que cuanto obtiene de él lo arranca por la violencia y para un fin distinto de su alma. El botín de esta suerte apresado lleva fatalmente el estigma de esa forma de conquista. Sólo es una porción de datos fragmentarios e inertes que han perdido su virtud germinal y van a alojarse en la mente del lector como en las celdas de una cárcel. Una vez que con la ayuda de ellos, el interesado llega al fin que perseguía, se acaba ordinariamente el lector y el remedo de la cultura se desvanece.

De paso advirtamos que en este grupo, desde luego el más extenso, se incluye una enorme cantidad de dudosos personajes. Son los que han acudido a las fuentes del espíritu nada más que para obtener un título, una clientela, un provecho heterogéneo. Todos han pasado por los libros sin entrar realmente en ellos, sin comprenderlos en su integridad. Han sido sus parásitos y pueden cualquier día convertirse en sus enemigos. De aquí emergen legiones de filisteos.

A la inversa, el lector amoroso entra en los libros como el mozo penetra en el corazón de la amada. En su forma de trato se opera una transfusión cordial en que lector y libro truecan su íntima sustancia y quedan a la vez potenciados; el lector henchido de la savia del libro, el libro elevado a su plena existencia, irradiante, animado en el espíritu del lector. Poco ha el libro yacía en su anaquel, dormido, vuelto hacia sí mismo, en el estuche discreto de su pasta, como la dulce niña virginal en el fondo del bosque. Pero he aquí que un aliento simpático acaba de arrancarle a su sueño. Para él vivir es comunicarse totalmente; el libro cerrado no tiene sentido. Ahora sí que, en verdad, late su corazón, víscera inmaterial que arroja un milagroso fluido. El lector, que lo ha suscitado, lo absorbe, lo encarna, cumple su perpetua aspiración hacia lo infinito, y logra al mismo tiempo, para sí, un magnífico hallazgo: gracias al libro, la vida adquiere una nueva dimensión.

Difícil sería, sobre todo en el caso de este último tipo descrito, encontrar el lector cuya disposición ante el libro se ajustase absolutamente a cualquiera de los dos términos de la división que hemos hecho. En la realidad se ofrece siempre alguna compenetración del uno en el otro. Nuestro esquema no vale más que para ayudarnos a fijar aproximadamente dos tendencias radicales que se combinan en innumerable variedad de proporciones.

Ahora bien, existen libros que no admiten otra forma de lectura que la que hemos convenido en atribuir al lector amoroso. Mientras más se acerque a este tipo la disposición del lector, cuenta el libro con mayor seguridad de ser comprendido. Tal es el caso de la nueva poesía. El libro poético es el libro gentil por excelencia. La nueva poesía es, sobre esto, la que hace de su existir una guerra contra todos los vínculos. Ni siquiera la carga utilitaria que ha solido mezclarse a otras pesa en ella.

Sabido es que estos libros encarnan una reacción contra el pasado, lo que no deja de importar en primer término su reconocimiento. El artista se ha encontrado al comienzo de su labor con motivo y formas tradicionales y ha visto que no le satisfacían. No es eso lo que él tiene que decir ni esa la forma capaz de traducirlo. Experimenta dentro de sí algo como una vaga ebullición, cuyo primer síntoma no es más que un impulso negativo: rehusar las apariencias usuales. Descubre en su íntimo fondo la inquietud germinal de un nuevo mensaje: debe, pues, extraerlo y dotarlo de voces exclusivamente suyas. Para ello ha de ensayar expresiones desconocidas, insólitas. Es en esta faena donde la nueva poesía—y acaso el arte nuevo entero—deja ver sus componentes intelectuales.

La consecuencia es que el pasado queda en las nuevas formas eludido, negado; pero no ausente. Sólo que para descubrirlo hace falta investigarlo. Mas la divina delectación a que el arte aspira no puede conjugarse con propósitos indagatorios. Si para alumbrar el mecanismo del canto, abrimos la garganta del ave, no habremos hecho otra cosa que matar el arpeggio delicioso. La nueva poesía huye de todo lo que nos es conocido mediante la poética anterior y busca en nosotros zonas frescas e intactas. Cada uno de sus libros imita a las islas que se alzan imprevistas en medio del mar. No hay istmos, no hay puentes que nos conduzcan a su corazón. Paraísos virtuales, invitan desde su latitud extrageográfica a nuestra alma para mecer con ella su coloquio de vírgenes voces.

Basta. Ya hay motivos de alarma para el lector que hemos llamado utilitario. El busca desde luego los caminos reales. Y ellos permiten, a lo más, dar la vuelta al mundo, al mundo terrestre, pero guardan de las estrellas una misma y cuidadosa distancia. Además ¿a qué penetrar en aquel vago cosmos que no ofrece engranaje posible con sus preocupaciones e intereses? Puesto que son ellos los que dirigen su atención, y la atención es un órgano que selecciona y da vida en el sujeto a unas cosas y hunde otras en el limbo de lo inexistente, ese

cosmos le parecerá incomprensible, absurdo, si no ridículo e irritante. El anda precisamente en persecución de objetos que ahí no existen, y es, entre tanto, ciego para todos los que constituyen ese mundo.

Pudiera ser que este mismo lector encontrase en los libros de la poesía precedente algunos atractivos. Pero ya hemos insinuado que a la poética anterior ha solido mezclarse cierta carga utilitaria. En efecto, es notoria la frecuencia con que se infiltraba de corrientes heterogéneas, reconocía vínculos con hechos diversos, en resumen dejaba istmos, tendía puentes por donde pudiera transitar las grávidas muchedumbres sin alas. Ello no habla, pues, de una mayor aptitud del sujeto, sino de un distinto grado de pureza en la poesía. La nueva ha renunciado a todos los señuelos. El que no vaya a ella por ella misma no la alcanzará.

Es así como ambos términos, sujeto y libro, se rechazan, se niegan. Cada cual anhela y brinda valores diferentes. Y como el sujeto en cuanto lector sólo existe cuando lee, y vice versa el libro sólo tiene vida real mientras es leído, resulta que los dos padecen una muerte relativa.

Mas el lector gentil se incorpora lleno de curiosidad y de asombro a cada nuevo orbe poético. No va a buscar objetos determinados, a corroborar viejos tópicos ya inscritos en su memoria, a aplicar sobre las cosas una medida sentimental fija en su corazón como la forma del nido en el instinto de los pájaros. Si hiciera eso, la gracia de tales mundos se volatilizaría, quedaría automáticamente negada para su alma. Entra, pues, en «instancia de amor», dócil la fantasía, abierta la pura y cordial atención hacia todas las cosas, las cuales le interesan en sí mismas, tales como allí son, con su sistema original de relaciones y sugerencias. ¿No se ve que ésta es la única manera de comprenderlas y sentirlas? Ir al libro poético en estado de gracia, como nacidos al mismo tiempo que su orbe, sin viejas propensiones, sin pecado original. De esta suerte la joven poesía despierta al conjuro de las almas, abandona su lecho del libro y vive.

Vive y hace vivir. No por carecer de materialidad las cosas que en ella alientan dejan de ser reales. Pertenecen a un mundo que no es el cotidiano, pero existen. Nuestra capacidad para verlas acrecienta la vida. Cuando ellas se nos muestran, ésta se extiende a una nueva latitud.—R A F A E L C A B R E R A M É N D E Z.